

V. Blasco Ibáñez  
Conan Doyle y sus novelas  
(*El Pueblo*, 27-1-1906)

Al leer por primera vez las novelas de Conan Doyle sentí tal impresión, que las recordaré toda mi vida.

La prensa de Inglaterra y de Francia venía tributando extraordinarios elogios a este novelista por su originalidad. El éxito financiero de sus obras sobrepujaba a su gloria literaria, con ser esta tan ruidosa. Las seis novelas de las que es protagonista el extraordinario personaje Sherlock Holmes han proporcionado a Conan Doyle, solo en Inglaterra, la cantidad de 12 000 libras esterlinas, o sea unos 60 000 duros, y además, el gobierno británico acaba de recompensar su popularidad literaria con el título de Sir.

Un día, el novelista se cansó de relatar las hazañas y aventuras de Sherlock Holmes, y dándolo por muerto de un modo misterioso, cerró la serie de interesantes historias. Pero los editores no se dieron por satisfechos; la curiosidad del público estaba excitada; los lectores, ávidos, reclamaban de nuevo a su Sherlock Holmes, y una casa editorial de los Estados Unidos pidió al novelista que resucitase el famoso personaje a razón de 25 pesetas... ¡la palabra! Así ha escrito Conan Doyle, en el pasado año, su última novela *La resurrección de Sherlock Holmes*.

Confieso que todas estas noticias excitaron mi curiosidad. ¿Quién era este novelista, desconocido en España, que tenía en perpetua tensión la curiosidad de los millones y millones de hombres que hablan el inglés, raza positiva, poco aficionada a las fiestas de la imaginación? ¿Cuáles eran los méritos de este nabab de la novela, que con sus fantásticos honorarios casi convertía en unos mendigos a Dumas, Sué, Zola y otros, que ganaron muchos miles de francos con su pluma?

Comencé a leer a Conan Doyle con aviesa intención, deseando encontrar desde las primeras páginas la parte flaca de su obra, convencido de antemano de que era uno de esos folletinistas espeluznantes y groseros, que solo deben su fama a la ignorancia y mal gusto de una populachería disparatada. El libro que leí fue *Un crimen extraño*, en el que se presenta por vez primera el famoso Sherlock Holmes. Comencé la lectura sonriendo con incredulidad, dispuesto a dejar el volumen a los pocos minutos, convencido de que sería una novela más de crímenes, agentes de policía, etc., como tantas y tantas, a cuál más inverosímil y ñoña, que produce todos los años el folletinismo francés... Esto era a media noche. Cuando acabé el libro, la luz azulada del amanecer se reflejaba en su última página.

Yo creo firmemente que la novela *novelesca*, la novela *interesante*, no ha tenido autor que supere a Conan Doyle. Considero a este inglés por encima de todos los novelistas de su género en el pasado siglo y en el presente.

Los demás despiertan un interés momentáneo, pues así que se termina la lectura se desvanece el encanto. Sus personajes son de trapo, autómatas que se mueven a capricho o por las exigencias de una trama urdida con anterioridad, sin tener en cuenta la lógica de las acciones humanas. Sus historias son inverosímiles, cuando no estúpidas.

Los personajes de Conan Doyle son hombres de verdad, y sus relatos, páginas de la vida real, que podrán parecer extraordinarias, mas no por eso menos ciertas, pues la vida deja muchas veces de ser una sucesión de vulgaridades.

Además, Conan Doyle es un gran escritor, un novelista moderno, con una base sólida de conocimientos científicos. Su estilo sobrio, fuerte y vigoroso recuerda el de Maupassant, sobre todo en las descripciones, que son tan breves como justas e intensas. Dentro de la novela inglesa, que casi siempre es de un estilo pesado y repleto de digresiones, Conan Doyle aparece como un innovador. Sus novelas se leen «de un tirón».

No hay lector que pueda resistirse al encanto o interés de sus relatos, por poco aficionado que sea a la lectura de novelas.

El que pasa sus ojos por unas cuantas páginas de Conan Doyle, aunque haya jurado mil veces que desprecia la lectura novelesca, es hombre perdido. El novelista inglés le hace su esclavo, y no tiene otro remedio que seguir adelante, cada vez con marcha más rápida hasta el final del libro.

\*\*\*

Sherlock Holmes es uno de esos seres que no han existido nunca, y, sin embargo, son inmortales, por lo mismo que no deben su vida a la humana reproducción, sino a la facultad creadora del artista.

Así como se dice de una persona «es un Montecristo», «es un Juan Valjan», «es un Goriot», cuando pase el tiempo y las obras de Conan Doyle, famosas en todos los países de lengua inglesa, sean populares en España, se dirá de ciertos individuos sagaces, observadores y de rápida inducción: «Es un Sherlock Holmes».

El héroe de Conan Doyle no es un policía; es un solitario de aspecto original y casi extravagante, una mezcla confusa de sabio, artista y hombre de acción, que lo mismo trabaja en su laboratorio con verdadera rabia por encontrar descubrimientos químicos, como reflexiona sobre los difíciles problemas sometidos a su experiencia mientras toca el violín (otra de sus pasiones), o se mezcla en nocturnas aventuras, de las

que tiene que salir revólver en mano o haciendo uso de sus músculos de diestro boxeador.

Como artista, admira al español Sarasate; como hombre de estudio, busca en la ciencia, cultivada de un modo bizarro, un medio para descubrir los hechos misteriosos que nadie puede esclarecer; como voluntad firme e inquebrantable, no teme al peligro. Su imaginación se irrita ante el enigma y lo atropella para encontrar la verdad.

Es un amateur del misterio, que presta graciosamente sus servicios a todos los que se ven en una situación angustiosa. Le buscan los policías de Londres, indecisos y desalentados ante un hecho inexplicable; reclaman su auxilio las familias en los tenebrosos dramas del hogar; hasta individuos de sangre real necesitan de su ayuda para salir con honra de ciertos conflictos de su vida privada, y Sherlock, atendiendo a todos, se ve mezclado en las más estupendas aventuras, que tan pronto se desarrollan en los salones aristocráticos como en los bajos fondos Londres.

Un capítulo de cualquiera de los libros, en los que figura como protagonista, bastaría para escribir una extensa novela. Cada una de las innumerables aventuras de Sherlock Holmes es una epopeya; la lucha entre el deber y el delito, entre la ley y el crimen; pero con todas las astucias, disimulos y habilidades de la vida moderna y haciendo uso de los grandes adelantos materiales de nuestra época.

Su talento de inducción y de observación, la prontitud con que examina de una ojeada a un individuo sin perder detalle, son cosas que desconciertan y asombran. Por ejemplo, entra en su despacho un señor desconocido para solicitar sus servicios, y antes de que se siente le dice Holmes:

—Usted se ha dedicado a trabajos manuales en su juventud. Usted toma rapé, es francmasón y ha estado en China.

Otra vez es una joven la que lo visita, implorando su auxilio, y antes de que revele su nombre y su situación exclama Sherlock:

—Es usted miope y le cuesta mucho esfuerzo ganarse la vida trabajando en la máquina de escribir. Además, para venir aquí ha salido usted de su casa precipitadamente.

Los interpelados quedan mudos de asombro y de miedo creyendo hallarse en presencia de un brujo. Y, sin embargo, cuando Sherlock explica estas observaciones, que parecen milagrosas, el lector se admira de su sencillez, asombrándose aún más de que no se le hayan ocurrido a él.

Todo el secreto de Holmes lo explica en pocas palabras hablando con el doctor Watson, su compañero de aventuras y su cronista.

—Los demás *miran* y yo *observo*. ¿A que no se le ha ocurrido a usted nunca contar los peldaños de la escalera de su jardín?... Pues yo la he bajado una sola vez, y sé que son nueve.

Este es el secreto de Sherlock: todo lo ve; más bien dicho, todo lo observa y no olvida nada.

Cuando busca la pista de un hecho misterioso, el lector se desconcierta viéndole hacer un sinnúmero de cosas que parecen incoherentes y extravagantes. A cada página surgen nuevas complicaciones. El lector se imagina una solución determinada, y como si el novelista adivinase su pensamiento, hace surgir un hecho que inmediatamente la destruye, se forja otra, e inmediatamente se estrella contra un nuevo obstáculo; y mientras tanto el incansable Sherlock sigue en sus extraños e incomprensibles trabajos, hasta que al final, cuando ya solo quedan por leer dos o tres páginas, se hace de repente la luz, y lo que se creían rarezas del famoso personaje, desorientado por el misterio, muéstrase como el más asombroso y sólido tejido de deducciones para llegar a la verdad.

No hay en este trabajo novelista que iguale a Conan Doyle.

Las aventuras de Sherlock Holmes representan el esfuerzo más grande de la astucia y de la observación humanas ante lo extraño y lo misterioso.

\*\*\*

Digamos algo del novelista.

De origen escocés, Arturo Conan Doyle pertenece a una antigua familia de artistas que vivía en Edimburgo. Su abuelo John Doyle fue un célebre caricaturista político, que durante treinta años excitó la curiosidad de sus contemporáneos bajo el pseudónimo *H. B.*, sin que el gobierno ni el público lograsen romper el secreto en que se refugiaba el artista. En el British Museum, de Londres, figuran algunas de sus obras, por las cuales pagó el Estado la respetable cantidad de 40 000 francos.

Su padre, Dicky Doyle, fue también un notable dibujante, que trabajó en el *Punch* y otros periódicos de Londres.

Conan Doyle fue dedicado por su familia a la Medicina, y estudió primero en Inglaterra y después en Alemania. Su afición a publicar en las universidades de ambos países periódicos de oposición y sus opiniones políticas, expresadas con el ardor de la juventud, le hicieron sufrir grandes retrasos en su carrera, y hasta ser expulsado del territorio alemán. A los veintiún años abandonó los estudios para ir al Polo Norte, por pura curiosidad, como tripulante de un buque dedicado a la pesca de la ballena. Después de esta aventura regresó a Inglaterra y se hizo doctor en Medicina; pero de nuevo sintió la fiebre de las aventuras, viajando por el interior de África y por los países más peligrosos y desconocidos de Asia.

Al volver a Inglaterra ejerció su profesión en Sentsen, donde se casó; pero las aficiones literarias le alejaban de la Medicina, haciéndole arrastrar una existencia llena de privaciones. Sus primeros libros pasaron inadvertidos, y los pagaron los editores a precios tan irrisorios, que Conan Doyle no se atrevió a dejar su obscuro retiro.

Por fin llegó el éxito con la publicación de *Las compañías blancas*, una novela histórica, cuya acción se desarrolla en España en tiempos de don Pedro el Cruel. Entonces Conan Doyle se decidió a trasladarse a Londres, estableciéndose como oculista. Pero los triunfos literarios, las grandes ganancias de todo escritor que llega a ser conocido en un país donde los lectores se cuentan por centenares de miles, le hicieron abandonar para siempre su profesión.

Entonces comenzó a publicar sus *Aventuras de Sherlock Holmes*, y el éxito fue tan instantáneo y ruidoso, que se recordará por mucho tiempo en Inglaterra, a pesar de ser muchos los novelistas que allí han conquistado con su pluma considerables riquezas. El procedimiento de escribir de Conan Doyle es sencillísimo; pero exige una facultad imaginativa extraordinaria. Un hecho sirve de base a su relato, y después sobre este hecho va amontonando las complicaciones y las dificultades, hasta convertirlo en un misterio inexplicable. Toda la habilidad está en los procedimientos ingeniosos y verosímiles de que se ha de valer su héroe para moverse en este laberinto y llegar, venciendo obstáculos, a la verdad que sirve de base.

El físico de Conan Doyle guarda relación con sus obras literarias. Grande, fuerte, enérgico, ancho de hombros, no es, según cuentan los que le conocen, un escritor de los que pasan el día entero en su gabinete de trabajo. Dotado de gran facilidad, produce mucho; pero solo escribe por la mañana y durante algunas horas de la noche. La tarde la dedica a los ejercicios físicos, siendo uno de los más asiduos concurrentes a los juegos atléticos. Sus admiradores de Londres le ven muchas veces con su esposa conduciendo un triciclo tándem. En invierno, cuando las montañas de Suiza están más cubiertas de nieve, pasa al continente y se aventura en arriesgadas ascensiones.

La fuerza es, para Conan Doyle, una nueva musa que inspira su estilo literario y dirige los actos de su vida.